

Manes. Solamente parece que el dominio de los sacerdotes fuese combatido por la casta de los guerreros, los cuales, vencedores ya, mudaron la teocracia en gobierno de los fuertes. Manes, considerado como el primer rey de Egipto después de las dinastías fabulosas y simbólicas, fué quizá quien verificó semejante revolución. Entonces, ya no perteneció el príncipe á la casta sacerdotal, ántes bien esta moderaba su poder, como depositaria de la sabiduría y de la voluntad de los dioses. No solo en las públicas procesiones, sino en la vida privada estaban sometidos los reyes á rigurosas ceremonias; se aconsejaban con el gran sacerdote; y aun se hacían inscribir en la casta religiosa luego que eran elegidos, y con edificios sagrados debían manifestar la reverencia á la Divinidad y á sus ministros.

Según la Escritura, diez y ocho siglos ántes de J. C. extendía Mênfis su dominación sobre el Alto y Bajo Egipto, habiendo encontrado allí el hebreo José, hijo de Jacob, una espléndida corte de la casta sacerdotal y de la guerrera, con instituciones que denotaban una civilización adulta. Como no es difícil en gobiernos despóticos, sucedió que este jóven, extranjero y emigrado, llegó por su propio mérito hasta el grado de virey, y aprovechándose de una carestía terrible, hizo que los propietarios cediesen sus bienes raíces, reduciendo así todo el territorio á propiedad del rey, y aboliendo todas las que eran independientes.

Alguna vez interrumpían el progreso de la civilización egipcia las invasiones extranjeras, por que estaban lindando con Egipto los pueblos nómadas de la Libia y la Etiopía, que frecuentemente descendían á devastarlo, con especialidad mientras los Estados pequeños y desunidos no podían oponérseles con vigor. Hubo vez en que los Árabes beduinos, atraídos por los pingües pastos y creciente riqueza de las tierras bajas, las invadieron entrando por el istmo de Suez; y sus jeques, llamados por los Egipcios Hiksos (1) y por los Griegos reyes pastores, acamparon en Avari, cerca de Pelusio, destruyeron las primitivas ciudades, y penetraron hasta Mênfis que hicieron sede de su dominación. Al principio oprimieron la religión, ó sea á la casta de los sacerdotes, por lo que muchos de estos

(1) *Hyk* rey, *sos* pastor. Reinaron 500 años según Flavio Josefo, acaso desde 1800 hasta 1300, y en su tiempo debió acontecer la huida de los Israelitas; otros dicen que reinaron 260 años, desde el 2082 al 1822, suponiendo que en esta época vino José á Egipto. Dijo este á los suyos que los Egipcios aborrecían á los pastores, lo que se explica por el aborrecimiento del pueblo á los que eran semejantes á sus dominadores; no sucedía esto al rey, pues que tan bien lo acogió. Tal es asimismo la opinión de Rosellini, que fija la huida de los Israelitas en tiempo de Ramesces III, el décimocuarto monarca de la dinastía XVIII; según este, en tiempo de Setos, primero de la dinastía XIX, pasó á Grecia su hermano Armais ó Danao; y pretende asimismo que los Hiksos fueron Escitas procedentes del Asia Septentrional, suponiendo tales á los Idumeos y Fenicios, que habían ocupado la Cananea. Nosotros manifestamos muy diferente opinión, pero deseamos que nuestros lectores encuentren en la narración no solo la expresión de nuestras convicciones, sino además los elementos necesarios para modificarlas donde bien lo juzguen.

emigraron, y algunos llegaron á Grecia; pero después adoptaron los ritos de los vencidos, y en tiempo de Moises no aparece distinción alguna entre unos y otros.

Sin embargo, jamás consiguieron apoderarse del Alto Egipto, donde los primitivos dominadores continuaron la guerra contra ellos, hasta que los vencieron en tiempo de Tutmósis, preparándose en esta lucha la sucesiva preponderancia de los reyes de Tébas, que adquirieron la supremacía sobre los diferentes Estados.

Tal es el concepto que á mi parecer puede formarse de la confusa antigüedad egipcia. Para aquellos que hagan consistir la historia de los pueblos en la de los reyes, y desoigan las indicaciones de la crítica, diremos que á Manes, primer rey de Egipto, sucedieron trescientos treinta, de los cuales diez y ocho eran etíopes. Busiris II fundó á Tébas; Ucoreo á Mênfis (1). Osimándias colocó en su palacio una biblioteca, la primera del mundo, encima de la cual había escrito *Remedios del alma*, muy excelente epigrafe si se refiere á libros buenos y divulgados; mas para los Egipcios los libros permanecieron encerrados en las bibliotecas, así como las momias en sus sepulcros.

Meris, para evitar las desiguales crecidas del Nilo, mandó hacer un lago que lleva su nombre, el cual tenía tres mil seiscientos estadios de circunferencia y trescientos pies de profundidad con dos pirámides en medio (2). En él se recogían las aguas cuando la crecida era excesiva, y se esparcían por la llanura cuando esta era escasa: símbolo jeroglífico de la solicitud con que atendían los sacerdotes á la cultura del país y á su abundancia.

CAPÍTULO XIX

Los Sesóstridas.

¿Será ley providencial que necesite el hombre la lucha para desarrollarse? Esto que vemos todos los días en los individuos, se nos manifiesta no ménos en las naciones. Como el sentimiento de sus propias fuerzas le fué inspirado á la Grecia por la guerra de Troya, á la Europa de la edad média por las Cruzadas, y á la moderna por las guerras napoleónicas, así la resistencia de los Egipcios contra los Hiksos les imprimió tal impulso, que se elevaron al mayor grado de

(1) Champollion pretende que pertenece á Ucoreo el estúpido sarcófago de alabastro descubierto por Belzoni.

(2) Se engaña d'Anville cuando para poner de acuerdo á Herodoto y Diodoro con Tolomeo y Estrabon, afirma que había dos lagos Meris y dos laberintos. El laberinto es el mismo en varios escritores; solo que al describirlo procedieron unos de Oriente á Occidente, y otros de Norte á Mediodía. V. DITMAR, *Descripción del antiguo Egipto* (en alemán,) pág. 72 y sig. LARCHER trad. de Herodoto II. 472-483). Por lo que hace al lago Meris, aun existe con el nombre de Birketel-heroun en la provincia de Fayoum, y tiene 60 leguas de superficie. Brown demuestra que es un valle natural, y que el arte no hizo mas que cerrar la salida, y abrir el canal que atravesando rocas y arenales conducía á él las aguas del Nilo.

esplendidez, lanzándose además á conquistas extranjeras.

Los Faraones mas poderosos corresponden á la XVIII dinastía. Tutmósis I tuvo la gloria de principiar la expulsión de los extranjeros, completada posteriormente por Amenósis II, á quien llaman los Griegos Memnon. En celebridad de aquella victoria se erigieron muchos edificios, y su nombre fué eternizado en los monumentos de Tébas, de Elefantina y en el templo de Soleh en la Nubia. Ramesces I, que acaso es el Danao de los Griegos, fué expulsado por su hermano Ramesces II Miamun, el cual fundó el magnífico palacio de Medinet-Abú en Tébas, cubierto todo de pinturas que recuerdan sus victorias sobre muchísimos pueblos. Entre ellas dicen algunas inscripciones: *Palabras de los jefes de los países de Fecaro y de Robú* (1), que están en poder de su majestad y glorifican al benéfico Dios, al señor del mundo, sol guardian de justicia y amigo de Ammon. Tu vigilancia no tiene límites: reinas en Egipto como poderoso sol: tu fuerza es grande, y tu valor iguala al de Boreas (2). En tu poder está nuestra vida y tuyo es nuestro aliento.

Palabras del rey señor del mundo á su padre Amon-ra, rey de los dioses. Como lo ordenaste, perseguí á los bárbaros, y combati en toda la tierra: el mundo se detuvo asombrado delante de mí... mis brazos sujetaron á los señores de la tierra, según la orden que recibí de tu misma boca.

Palabras de Amon-ra, señor del cielo, moderador de los dioses. Feliz sea tu regreso. Perseguiste á los nueve arcas (3), cortaste las cabezas, atravesaste los corazones de los extranjeros, hiciste libre la respiración de todos aquellos que... Mi boca te aprueba.

Las pinturas de las catacumbas de Silsilis están dedicadas al rey Horos, recordándose en ellas sus victorias sobre los Etíopes: la inscripción jeroglífica á propósito de su triunfo dice: *Vuelve el dios grandísimo, conducido por los jefes de todos los númenes: en su mano tiene el arco como el de Mandú, divino señor del Egipto: él, que es rey de los vigilantes, conduce las cabezas de la perversa raza de los Cus* (4); él, director de los mundos, aprobado por Fre, hijo del sol, siervo de Ammon, Horos el vivificado. El nombre de su majestad se hizo conocer en la tierra de Etiopía, á la cual castigó el rey conforme á las palabras que le dirigió Ammon, su padre.

1061. Durante el reinado de Amenósis III renovaron los Hiksos su invasión, hasta el punto de verse obligado el rey á refugiarse en Etiopía, de donde no obstante volvió vencedor, gracias al esfuerzo de su hijo Ramesces.

Sesóstris. Acerca de este Ramesces III ó Sesóstris, se han acumulado mil leyendas, que probable-

(1) Gente de estirpe india.
(2) El grifo.
(3) Los Bárbaros.
(4) Los Etíopes.

mente se refieren á empresas de diferentes personajes, ó son partos de la imaginación y de la vanidad nacional. Cuéntase, pues, que deseando su padre hacerlo sumamente poderoso, advertido también por los dioses, ó sea por los sacerdotes, recogió mil setecientos niños que nacieron en el mismo día (1), y los hizo educar de la propia manera que al suyo, acostumbrándolos á las fatigas militares, de tal modo, que al sucederle en el trono, se encontró el hijo con otros tantos expertos capitanes, afectos á su persona con ese cariño tan firme que se concibe en la infancia. A la cabeza de estos pensó Sesóstris conquistar el mundo, y en breve reunió seiscientos mil infantes, veinte y cuatro mil caballos (2), y veinte y siete mil carros de guerra; que poco cuesta al historiador y á la imaginación multiplicar el número. Á todo esto, y á pesar del aborrecimiento que se dice tenían los Egipcios al mar, agregan algunos una escuadra de innumerables velas. Con tanto armamento sojuzgó la Etiopía, y pasó al Asia; por el camino que habían traído quizá los primeros civilizadores, y por donde volvieron sus descendientes con frecuencia, penetró en la India mas adelante que Hércules ó Baco; atacó la Escitia, la Colquide y la Tracia; y por último, abandonando, no se sabe por qué, tantas conquistas, dió la vuelta al cabo de nueve años, halló una conjuración dispuesta contra él por su hermano Armada, y disipándola no pensó ya en otra cosa mas que en asegurar la pública prosperidad, y en cicatrizar la llagas de la pasada guerra. Erigieronse entonces centenares de templos, á cual mas espléndidos, en uno de los cuales se colocaron estatuas de treinta codos de altura que representaban al rey, á la reina y á sus cuatro hijos, mientras que una red de canales difundía la fertilidad por todo el país, uniendo á Mênfis con el mar. En estos trabajos no empleó mas que brazos de esclavos y extranjeros, y desplegando un lujo bárbaro así como una devoción inhumana, cuando alguna vez iba al templo, hacía que tirasen de su carro príncipes subyugados. Dictó también excelentes leyes, inspirado por Mercurio; repartió el territorio, é instituido el censo, levantó tributos regulares.

Sin insistir respecto de lo inverosímil de esta narración, veamos si tiene algun fondo de verdad. En primer lugar parece bastante cierto que Sesóstris fué el mas grande de todos los reyes de Egipto, y que floreció cerca de catorce siglos ántes de la era vulgar. Su principal mérito consiste en haber restituido la independencia al país, lanzando enteramente á los Árabes (3).

(1) Un país en donde nazcan en un día mil setecientos varones, debe contar á lo ménos sesenta millones de habitantes, y el Egipto no pasaba de catorce en sus mejores tiempos; pero Diodoro le daba treinta mil ciudades, y se decía que Tébas tenía cien puertas, por cada una de las cuales podían salir á un mismo tiempo diez mil hombres armados.

(2) Al mismo tiempo dicen que enseñaba á domar los caballos.

(3) Los antiguos dicen que devolvió al pueblo las tierras que le habían quitado los reyes pastores.

Quizá en el primer ímpetu salió realmente ó hizo correrías, á la manera de los beduinos, contra los países mas abundantes, como eran entonces la Etiopia, el Asia anterior hasta Babilonia, y parte de la Tracia, y por mar contra la Arabia Feliz y las vecinas costas, probablemente hasta la Península India. Las operaciones que ejecutó en lo interior del país, muestran cuán despóticamente reinó. Es además probable que en su tiempo se principiase los mayores monumentos del Egipto; pero edificios de aquella magnitud no se acaban con los sudores de una generación sola. Púedese creer también que entonces se organizase mas completamente la división de las castas; porque en verdad, la de los navegantes no podía florecer ántes de que abundasen los canales, ni la de los guerreros ántes de que el país estuviera unido bajo el cetro de uno solo.

Se creen transmitidas á la posteridad las empresas de Sesóstris en monumentos del Asia Menor, indicados por Herodoto, y encontrados por los modernos: y las cuales están cantadas en un poema histórico, principalmente la victoria alcanzada sobre los Esquetos (Escitas?), venciendo á los cuales, pudo hacer libre el aliento de los Licios y de los Jomios (1).

Belzoni descubrió en Allor, en la Nubia, un templo dedicado á Isis por la mujer de Ramesces, y ántes penetró en el de Ibsambul, donde halló sentados sobre la fachada cuatro colosos, cada uno de sesenta piés de altura, y que sin duda representaban á este monarca, cuyas victorias están recordadas en los bajos relieves de que está cubierto todo el monumento. Diez y seis salas con pinturas sobre asuntos religiosos conducen á un santuario, en cuyo fondo hay otras cuatro estatuas mayores que el natural, lo cual induce á suponer que allí está la tumba de Sesóstris.

Posterior y sucesor suyo fué su hijo Ramesces, llamado también Feron (2), que reinó mucho tiempo en paz, y cuyo nombre se lee en el templo de Karnac y en otras partes. Aquí, despues hay una laguna confesada también por Herodoto, y aparecen Amasis, el etiope Actisano y Mandes ó Manes; desde aquí y durante el tiempo de cinco generaciones todo fué anarquía, hasta que en la época de la guerra troyana dominaron Proteo; despues su hijo Ramses; luego siete sucesiones de reyes, entre los cuales se distinguieron Nilo, Cheops, Chefren y Micerino, fundadores de las grandes pirámides; Bócoris ó Asíquis, que dictó leyes, y finalmente el ciego Anísis, que arrojado del trono por el etiope Sabacon, volvió á ocuparlo al cabo. Tan frecuentes visitas de los Etopes debieron tener por causa las intestinas disensiones, probablemente entre la casta de los guerreros y la de los sacerdotes, que intentaban recuperar la perdida superioridad con las armas extranjeras. Y en efecto,

(1) Se halla en Aix, donde Champollion pretende haberlo leído.

(2) Respecto de la incertísima cronología egipcia discurrirémos en el tomo de Cronología.

cuando la raza etiópica adquirió el dominio, lo confió á la casta sacerdotal, representada por Setos, sacerdote de Vulcano.

Deben aceptarse estas historias como acepta el naturalista los fósiles desparramados acá y allá, porque le confirman las revoluciones del globo, sin que puedan determinarle el tiempo en que ocurrieron. Frecuentemente no son mas que simbólicos jeroglíficos; y al decir Herodoto que reinó Anísis el Ciego, indica quizá alegóricamente lo que Diodoro expresa de un modo mas prosáico, consignando el vacío que se encuentra en la tradición de aquella época. Si pensamos que Busiris, quiere decir tumba de Osiris, al leer que Busiris II fundó á Tébas, nos inclinamos á interpretar que los Faraones, fundadores de esta ciudad, reposan en la tumba de Osiris, ó acaso que la arquitectura á cielo descubierto sucediera á las excavaciones subterráneas. El transformador Proteo es símbolo de la edad antigua que concluye abriendo una nueva, como Júpiter que sucede á Saturno, y como Hércules que ayuda á Atlante á sostener el mundo.

Bástenos, pues, deducir por conclusion que los tiempos mas florecientes del Egipto fueron desde 1500 á 800, y que al terminar estos, Sabacon, procedente de la Etiopia ó de Meroe, sojuzgó el país, turbando así la prolongada paz, á cuyo favor pudo elevarse á prosperidad tan grande. Probable es que los sacerdotes, si primeramente se valieron de las armas extranjeras, reanimáran despues el ardor nacional, hasta el punto de llegar á la expulsion de los extranjeros, creciendo tanto su poder, que Setos, sacerdote de Fta, se enseñoreó del trono. Dióselo á pesar suyo la casta guerrera, vilipendiada por él, por cuya razon se exacerbó tanto las discordias, que aprovechándose de ellas Senaquerib, rey de Asiria, pudo dirigirse contra los Egipcios. Aterrados estos, se coligaron con los Hebreos, y pidieron auxilio á Taraco, rey de Etiopia; pero es probable que hubiera acabado allí su independencia, si el ejército de Senaquerib no hubiese sido exterminado bajo los muros de Jerusalem, por el ángel de Dios, como dijeron los Hebreos (1); por los ratones que royeron las cuerdas de los arcos, segun dice Herodoto; por una epidemia, como algunos pensaron, ó por el viento del desierto, como otros creyeron. El hecho es que por uno ú otro motivo se vió obligado el rey á volverse á Nínive.

Con tan varios sucesos se relajaron los vínculos nacionales, renaciendo la antigua división del Egipto en doce Estados, y como ocurre generalmente, llegaron estos á tal extremo en sus disensiones, que Psamético, jefe del nomo ó provincia de Sais, fué lanzado del poder. Habiendo tomado este á su servicio tropas de Griegos, Carios y Fenicios, con su ayuda no solo volvió á su Estado, sino que sometió á sus émulos y reunió en sus manos la dividida autoridad,

(1) IV Reg. XVIII.

636.

trasladando la sede de los Faraones á Sais. Se debió, pues, la restauración á los extranjeros; y aliado el Egipto con Griegos y Asiáticos, principió á experimentar las influencias exteriores, hasta que llegó de Persia Cambises á conquistarlo.

CAPÍTULO XX

Instituciones egipcias.

Esa tierra de Egipto, tan llena de antigüedades y de gloria, subsiste como un jeroglífico del mundo antiguo: y apenas quedan de sus pasadas grandezas mas que ruinas, catacumbas cegadas, canales obstruidos, esqueletos de ciudades y templos, obeliscos entregados al furor del tiempo y á la avidez de los pueblos bárbaros y civilizados; arcanos de la muerte violados por la ciencia; pirámides que en medio de los arenales aun levantan sus crestas mutiladas mas alto que ningun edificio humano, hasta tanto que las arenas del desierto vengán á enterrar esos testimonios de la magnificencia antigua. Aquellos montes de piedras labradas; aquellas inmensas figuras de animales y de hombres; aquellos palacios de gigantes, erigidos al descubierto, ó edificados debajo de tierra; aquellas páginas de historia escritas para la eternidad en caracteres misteriosos, detienen al hombre y lo inducen á preguntar de dónde vino este pueblo extraordinario; de dónde proceden sus artes; cuáles fueron las creaciones debidas á la íntima inteligencia y al profundo amor de la ciencia que le eran característicos; de dónde, en fin, tomó su estabilidad política.

Castas. Hablando en otro lugar de las castas, suponemos que tuvieron origen en los diversos pueblos que venían á habitar un país, en el que uno preponderaba sobre el otro, continuando cada uno en la ocupación á que se habia dedicado. Del mismo modo creemos formado al Egipto de fragmentos de varios pueblos, y por eso, sin duda, quedó dividido en castas de sacerdotes, de guerreros, de labradores y negociantes. Contamos también los porqueros y los pastores como casta distinta y odiada, y los intérpretes introducidos por Psamético cuando montaba la administración del país á la griega; pero aquellos debían pertenecer á los labradores, estos á los sacerdotes y negociantes, y el resto del pueblo era esclavo.

Sacerdotes. Los sacerdotes pretendían haber recibido de Isis la tercera parte del territorio: ellos eran los depositarios de la ciencia, y por consiguiente de los empleos y del poder, siendo al mismo tiempo los moderadores ó el contrapeso de la régia autoridad. Cada uno de ellos estaba destinado á un templo; era indeterminado su número, y se hallaban constituidos en una jerarquía con un pontífice también hereditario (1). Llevaban enteramente afeitada la cabeza, trajes

(1) Para subir á lo mas encumbrado, se casó José con la hija del pontífice de Heliópolis.

de lino de deslumbrante blancura, y calzado de papiro; debían lavarse dos veces al día y otras tantas por la noche: eran muy rigurosos en los alimentos; se abstenerían por completo de habas, de legumbres, de carne grasa y de pescado, y bebían con cierta medida el vino, que á ellos y al rey estaba reservado. No pagaban tributo por sus tierras; pero exigían el diezmo sobre las demas. El sumo sacerdote era el primer magistrado despues del rey: los otros hacían las veces de jueces ó de médicos, aplicándose cada uno á la cura de un solo género de enfermedad. Constituían, pues, un cuerpo político y docto á la vez, que tenía sus principales colegios en Tébas, Méfis, Heliópolis y Sais.

Da una idea de su jerarquía un excelente pasaje de Clemente Alejandrino, que describe así la procesion de Isis: « Va delante el cantor con un símbolo de la música y con dos libros de Hermes, que contienen el uno himnos á Dios, y el otro reglas de conducta para el rey. Sigue el horóscopo con el cuadrante y el ramo de palmera, emblema de la astrología, y siempre debe llevar delante los cuatro libros de Hermes relativos á los astros. Marcha á continuación el sagrado escriba, con plumas en la cabeza, un libro y una regla en la mano, y con la tinta y la caña de escribir; y este debe saber la jeroglífica, la cosmografía, la geografía, el camino del sol, de la luna y de los cinco planetas, la corografía del Egipto y del Nilo, y todo el aparato de ceremonias, la medida y la índole de cuanto sirve para los sacrificios. Detras va el estolista, llevando el cubo de justicia y la copa para las libaciones, y ha de estar instruido en lo que concierne á la educación y al arte de preparar las víctimas. El último viene el profeta, sosteniendo entre los pliegues del traje la urna sagrada, descubierta á la vista de todos, y seguido de los que conducen los panes. El profeta, presidente del templo, debe aprender los diez libros sacerdotales propiamente dichos, y vigilar la distribución de las rentas: los seis libros de Hermes, hasta completar el número de cuarenta y dos, que tratan del arte de curar, se dejan á los pastóforos, último grado sacerdotal (1). »

Los sacerdotes padecieron mucho en las sucesivas revoluciones, y en tiempo de los Tolomeos estaban obligados á pagar un tributo al rey por la iniciación, y á verificar cada año un viaje á Alejandría, llegando en fin á verse reducidos á custodiar los archivos. No obstante, subsistieron siempre, y quizá son reliquia de ellos los cofres, ligados todavía hoy en casta, y que sirven de escribanos (2).

La segunda aristocracia eran los guerreros, distribuidos en campamentos contra los nómadas, en Elefantina contra los Etopes, en Dafne contra los Árabes, ó en Marca contra los Libios. Poseía cada uno doce acres de tierra, libres de

(1) STROMAT. VI. 4.

(2) En Pritchard se halla una buena comparación de la casta sacerdotal egipcia con la india y con la hebrea.